

CONSIDERACIONES SOBRE EL SENTIDO HUMANO EN EL QUIJOTE

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ
Universidad de Murcia

No sé lo que diga, hijo —respondió don Diego—, sólo te sabré decir que he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechosⁿ.

El Quijote: 2ª parte, Cap. XVII

Ante una obra tan compleja, pero al mismo tiempo tan humana, como es el Quijote, caben en principio dos puntos de vista en cuanto a la hermenéutica: o se acerca uno al texto con ojos de consumado especialista, o por el contrario, con la traza del caminante ingenuo se detiene el lector a considerar en sus capítulos lo cotidiano, lo aparentemente intrascendental, lo que es patrimonio y actitud de todos y de cualquier tiempo, en una palabra, lo que es consustancial con nuestro mundo, con nuestro ayer, hoy y mañana, con nuestra existencia, con nuestro comportamiento, con nuestra manera de ser.

Voy a considerar desde la segunda atalaya de las indicadas algunos aspectos humanos de la inmortal obra de Cervantes, cuya vida también reclama inmortalidad desde su gloriosa y serena muerte, anunciada cuatro días antes con la glosa de aquellas palabras de Lope:

Puesto ya el pie en el estribo con las ansias de la muerte...

El sentido humano es una constante peculiar y característica de nuestra literatura, observada desde el *Poema del Cid* hasta las más recientes creaciones de nuestra narrativa, sin que por ello se reste importancia a otros elementos constitutivos que han ejercido un equilibrio para conseguir la singularidad que caracteriza nuestras obras literarias, como tan magistralmente demostró Dámaso Alonso en uno de sus más sugestivos ensayos. Pero estos valores humanos de nuestras letras cobran a través de los siglos aplastante sustantividad si tenemos en cuenta que van íntimamente unidos a problemas personales, perennes y actuales del hombre. *El Quijote*, pues, se nos presenta, en cada uno de sus capítulos y escenas, como

una expresión viva de ese sentido humano de nuestra literatura, dándose lo que acertadamente el Prof. Muñoz Cortes ha considerado como nota esencial:

"Si dentro de esa idea funcional del lenguaje literario, consideramos a la palabra literaria como una potenciación de ese deseo existencial del hombre, que es la expresión comunicativa, podemos ver el valor humano de nuestra literatura como la demostración de un conjunto de paradigmas de posibilidades de vida que se resuelven en un deseo de participar experiencias o doctrinas".

Y este es el sentido, quizá más luminoso y esclarecedor. que podemos aplicar a cualquier texto del *Quijote*, pues en él interesan los personajes y sus palabras, ya que en todo momento las acciones de aquéllos, mediante el verbum, trascienden o se implican en su entorno en parámetros necesariamente sociológicos.

En la dirección que nos interesa. y prescindiendo de las múltiples interpretaciones que se han dado de la obra de Cervantes, hay que destacar la profundidad y serena posición en los juicios de los críticos rusos, acaso los que mejor conocen y han interpretado la obra inmortal. Merejkowsky que considera a Cervantes "compañero eterno" e incorporado a la esencia humana, ve en el *Quijote* un libro misterioso, como lo es también su personaje, y afirma:

"Prometeo, don Juan, Fausto, Hamlet, han llegado a ser partes integrantes del espíritu humano, viven con él y no morirán más que con él. Don Quijote es uno de esos compañeros de ruta de la Humanidad".

Iván Turguenief, cuya obra literaria está marcada por la sombra de Hamlet, ha penetrado con profundidad en el mundo del personaje cervantino, y al intentar, al igual que Dostoyevsky, un más hondo sentido, ha abierto el camino a la interpretación unamunesca. Para el autor de *Tierras vírgenes*:

"Es Don Quijote, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, de la verdad que nos revela a él fácilmente, que exige culto y sacrificio, y no se entrega sino tras larga lucha y una abnegación sin límites".

Y después afirma:

"Vehículo que le permite perseguir el ideal..., hacer triunfar la verdad y la justicia".

En estas palabras del novelista ruso está la clave del personaje cervantino y su proyección humana: esclavo del ideal que le permite por él llegar hacia la verdad y la justicia, y todo ello a través de un culto, de un sacrificio, de una larga lucha y de una abnegación sin límites. Desde el punto de vista humano es legítimo vivir, y esto hace Don Quijote, para un ideal; por eso nunca piensa en sí, ni hay en él la menor traza de egoísmo. ¿No están aquí esbozados los más nobles rasgos de la contextura humana? Abundando más en este contexto diacrónico solamente una cita de Dostoyevsky, para quien el *Quijote* tenía un sentido metahistórico:

"En todo el mundo no hay obra de ficción más sublime y fuerte que ésta. Representa hasta ahora la suprema y más alta expresión del pensamiento humano, la más amarga

ironía que puede formular el hombre, y si se acabase el mundo, y alguien preguntase a los mortales: Veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella?, podrían los hombres mostrar el Quijote y decir: Esta es mi conclusión respecto a la vida... ¿podrías condenarme por ella?"

Y es que para el autor de *Los hermanos Karamázov*, el *Quijote*, es la Summa histórica de los destinos humanos, es como un gigantesco balance de todo el "ordo temporum". Pero no hay necesidad de salir de nuestros páramos para insistir una vez más en el sentido humano de los personajes de la obra maestra: De Américo Castro es la siguiente cita sacada de un ensayo titulado *Hacia Cervantes*:

"El núcleo radical del *Quijote* yace en el hecho de que sus mayores personajes merezcan figuras sin correlación con nada existente — parezcan seres vivos, de "carne y hueso", según es uso decir. Surgen, caminan hacia los propósitos que expresan, retornan dentro de sí mismos, contemplan otras vidas, realizan auténticamente el ser de su vivir, de acuerdo con un destino que da ilusión de autonomía. Desde la firme base de lo singularmente voluntarioso, se proyectan las existencias quijotescas en todas direcciones: fantasía, ilusión, ironía, discreción, violencia. Más en cualquier momento pueden retrotraerse esas actividades a su punto de arranque, a lo singular humano, a lo que no es divisible con nada que exista fuera de él, simbólico, religioso, social o lo que fuere. Tras Don Quijote y Sancho actúa la voluntad de ser lo que son, y no consienten que nadie les arranque esa su última e irreductible naturaleza, que agota su significación dentro de ellos mismos. Don Quijote es un hidalgo que tiene la extraña ocurrencia de marcharse a realizar unos actos inusuales; Sancho va con él porque quiere ir, y, cuando le enoja el oficio, amenaza con tornar a su casa a seguir siendo Sancho, vértice postrero e infrangible".

He aquí reflejado el misterio de la creación cervantina que culmina en la obra capital del *Quijote*. Misterio que une al autor con sus criaturas en una afinidad inquebrantable, y que hace posible la identificación de Cervantes con don Quijote. Muy claro lo vio Manuel Azaña en su obra *La invención del Quijote y otros ensayos*, al afirmar:

"Cervantes se embriagó con las mismas lecturas que Alonso Quijano. Se vio, pues, supongo que de mozo, caballero andante. Al ponerse ya maduro, a escribir el *Quijote*, toma su corazón juvenil en las manos y con delectación irónica lo deseca. La alucinación de Quijano, creyéndose caballero andante, más aún, siéndolo, es la misma alucinación del autor, gozada por hechizo de los libros de caballería. La raíz de la estupenda alucinación es autobiográfica. Hace pasar por el filo de la inteligencia, ya madura, las quimeras fervientes de la mocedad, llamar a juicio la vida que quiso ser y no fue, ante la vida como ha sido, implica una operación terrible a par que gustosa, fecunda en reacciones energéticas".

En esta cita de Azaña se muestra la identificación del creador con la criatura, pues don Quijote es una proyección de Cervantes, y según expresión de Montero Díaz, tal postura imposibilita para siempre lo escrito sobre la dureza y crueldad con que Cervantes trata a su héroe. Por ello la penetración en el mundo del *Quijote* significa la aproximación al alma de Cervantes y al inagotable sentido de su obra.

Desde la perspectiva humana el *Quijote* es una obra eternamente actual, entre otras cosas, por haber encarnado el misterio de la vida mejor que ninguna otra creación del género humano, y por haber profundizado en el complejo y trascendental mundo de la conciencia humana; de aquí la atracción permanente que ejerce sobre el lector y la tendencia a sondear lo que se contiene en su fondo. De la atracción del lector da idea la clara actitud del hombre ante la obra, o ante su lectura, ya que hay que ver la cuestión desde la condición humana. Y así, cuando suscita la inocente risotada del adolescente escolar, que todos hemos experimentado ante ediciones de nuestra juventud; o la escéptica postura del que años después emprende una lectura más seria o crítica; o el hombre maduro que medita ante los párrafos que pueden moverle a compasión por las locuras del héroe; o la actitud serena del anciano que de nuevo lee el *Quijote*, casi identificándose porque dejó atrás sus años mozos, y entonces la obra cervantina hasta es norma y guía de conducta en su preparación hacia un mundo trascendental. En este sentido, independientemente de que el *Quijote* sea una cantera permanente de valores humanos, patrimonio exclusivo del hombre de todos los tiempos y latitudes, está ese lector, más o menos anónimo, que ha justificado su difusión. En todos, la lectura de la obra de Cervantes provoca actitudes del espíritu, comportamientos individuales o colectivos, reacciones, y en definitiva, situaciones de la naturaleza humana que se traducen en presupuestos que orientan las conductas y los modos de ser. Alguien podría pensar que esta actitud humana ante el *Quijote* contrasta con el mundo de locura o con el modo de vivir de los personajes de la obra. Pero eso es precisamente el secreto del arte de Cervantes, ser una síntesis armónica, que si en efecto, está conseguida en el plano del lenguaje, como hace años señaló Hatzfeld, no es menos cierto que también lo consigue en el plano de lo humano. No nos extraña, pues, que de la boca del "loco sublime" de la primera parte de la novela, salgan junto a las locuras que sólo tendrían hoy explicación en un mundo parasicológico, verdaderos postulados de conducta, y frases ajustadas a la realidad convivencial que siempre han tenido expresión, acaso fácil, entre la dualidad idealismo-realismo.

Predmore, en un ensayo titulado *El mundo del Quijote*, a este respecto pregunta: ¿Qué se puede decir del vivir de los moradores del mundo quijotesco? Y contesta:

"Pues que tienden a vivir en un mundo suyo hecho de imaginaciones, pensamientos, deseos y esperanzas. A menudo se asombran de ver que las realidades del mundo ajeno difieren de las realidades de su propio mundo, que no por esto suelen dejar sus ilusiones. Aun cuando se dan cuenta de que su conducta es irracional, pueden porfiar en ella, y esta porfía puede llevar a la locura. Es cierto que los más de sus habitantes no son locos, pero también es cierto que hasta los más cuerdos parecen vivir siempre al borde de una locura posible".

Esta concepción de los personajes cervantinos se identifica con la esencia del hombre de todos los tiempos, puesto que en definitiva la vida del ser humano no es sino una cadena de ilusiones y engaños, de sueños y realidades, de pasiones y frialdades, de vicios y virtudes, de locura y cordura al mismo tiempo. Lo importante es considerar que en medio de este mundo de contradicciones, está el autor, está Cervantes, como inteligente moderador, como el creador de una verdadera obra de arte, como el que sabe manejar con habilidad extraordinaria los finos hilos de los personajes, que a veces, y en atinada ironía parecen marionetas, pero que obedecen al mundo de la más premeditada creación cervantina. Cervantes sabe jugar —permítaseme la expresión— con la dualidad que el mundo de sus personajes presenta. Esta situación la ha visto muy clara Turguéniev en su ensayo *Hamlet y don Quijote*. Don Quijote

no duda, como Hamlet, sino que actúa y combate. Entre ambos se da el anverso y reverso de la naturaleza humana, son los dos polos sobre los que gira aquélla. En definitiva, y aunque el lector maduro se sienta triste por los hechos, el alma de don Quijote está en todo momento llena de misericordia por el dolor humano, dolor que sólo puede desterrarse del mundo por la acción. Esta es la tragedia que Cervantes trata de remediar con el hermano Sancho, encarnación del más alto sentido común, y que hace verdaderamente humana a través de toda la novela la personalidad de don Quijote. Esto lo podemos observar con meridiana claridad en la lectura de los episodios que **enmarcan** las primeras aventuras de don Quijote en los iniciales capítulos de la novela.

Hacer una selección de textos que con sentido sincrónico apoyaran la **explicitación** de los valores humanos en el *Quijote*, resultaría siempre parcial e incompleta. Cualquier capítulo nos da materia, más que suficiente, en éste y en otros aspectos de la interpretación para sacar consecuencias. En la práctica sólo es posible generalizar y acudir a ejemplos muy concretos y esclarecedores. Los presupuestos humanos que encontramos en el *Quijote*, y que son consustanciales con la personalidad y el nuevo estado de Alonso Quijano, pueden ser los siguientes: *Fe en el ideal*, como señaló uno de los mejores intérpretes del Quijote. Turguénief; *Valor del esfuerzo*; *Triunfo de la justicia*; *Mérito del sacrificio*; *Lucha de la adversidad hasta vencerla*; *Victoria del espíritu*, y *Activismo*. Cualquier lector del *Quijote*, por supuesto sin ser especialista, no necesita ilustración para comprender que la sana filosofía de todo mortal descansa sobre esos mismos pilares que esclavizan a don Quijote, y que rigen su quehacer por los polvorientos caminos de La Mancha.

Y ya que ha salido La Mancha, es preciso indicar que desde esta magnífica descripción del hidalgo manchego y su entorno, contenido en el primer capítulo, hasta que dicta el testamento en el estricto lenguaje curialesco momentos antes de su muerte, han pasado muchas cosas en el *Quijote*, ciertamente complejas, situaciones más o menos irónicas, inimaginables, idealizadas, junto a situaciones humanas y reales. Cuando don Quijote, ya Alonso Quijano, pues el personaje ha de ser de nuevo el hidalgo para morir, que tanto había denostado en Sancho los refranes, apostrofa su testamento con aquello de "ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño", Cervantes resume con la apostilla popular toda una teoría de la vida, y al mismo tiempo es la consumación de la humanización del Ingenioso Hidalgo de La Mancha. En efecto, si partimos de la muerte, el último capítulo del *Quijote* es un símbolo de la humanidad y una expresión de los valores humanos recobrados del personaje central de la creación cervantina. La muerte de don Quijote, mejor dicho de Alonso Quijano, pues como tipo literario es inmortal, ha sido interpretada de diversas maneras. Alguien ha dicho:

"La muerte de don Quijote abisma al alma en ternura inefable. En tan supremo instante se revela toda la grandeza y toda la significación de aquel personaje".

Y el mismo don Quijote apostilla en el ocaso de su vida:

"Yo no soy don Quijote de La Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno".

Este nombre de bueno, mencionado por primera y última vez, nos conmueve en la intimidad, y es la Única palabra que conserva su verdadero valor en presencia de la muerte, porque esa presencia plenifica totalmente el sentido de una larga vida. Dostoyevsky y Una-

mino entendían la muerte del Caballero como una renuncia. Este último afirmaba:

"Tu muerte fue aún más heroica que tu vida, porque al llegara ella cumpliste tú la más grande renuncia, la renuncia de tu gloria, la renuncia de tu obra. Fue tu muerte encumbrado sacrificio".

Sin embargo, sin dejar de ser ciertas las anteriores afirmaciones pensamos que la razón recuperada le otorga la posibilidad de aceptar la muerte como cualquier humano, previamente reconstruyendo el sentido de su vida con la misma serenidad que espera la muerte, y culminando la estructura de la existencia heroica con esa capacidad valorativa y razonadora. Santiago Moreno Díaz nos da una vez más la razón al identificar la muerte de don Quijote con la de Cervantes:

"El héroe de ficción muere adelantando el estilo con que ha de morir el héroe real que fue Miguel de Cervantes".

La muerte de don Quijote creo que más bien está dentro del marco humano y normal del creyente, y corresponde al sentido de tantos momentos de nuestros héroes y santos, cuyo tránsito ha quedado plasmado en la literatura. Esta actitud de "tristeza resignada" se da en la muerte que comentamos, según se desprende del último capítulo del *Quijote*:

"Las misericordias respondió don Quijote —, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y embelecios, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deje tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diere a entender que no ha sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a Maese Nicolás, el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento".

¡Qué lección humana nos da el "verdadero caballero" ante el tránsito final; qué arrepentimiento tan sincero de sus locas aventuras; qué deseo de espiritualidad; qué resignación ante la muerte; qué sentido de la amistad; qué humanidad tan humana; qué espíritu tan resignado y cristiano que permite aceptar sin dudas lo dispuesto por el Creador!:

"Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma".

Estas reflexiones de don Quijote ante la muerte coinciden conceptualmente con las palabras que Cervantes escribe en el pórtico del *Persiles*:

"Mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida".

Y después:

"¡Adiós, gracias! ¡Adiós, donaires! ¡Adiós, regocijados amigos!, ¡qué yo me voy muriendo. y deseando veros pronto contentos en la otra vida!".

Ha muerto Cervantes; ha muerto Alfonso Quijano el Bueno. Ha nacido para la posteridad el Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha. La muerte de ambos se materializa en un plano meramente humano, como en cualquiera de los mortales que creen en la trascendencia, y únicamente les preocupa —a Cervantes, a Alonso Quijano—, el juicio que se avecina, el perdón a todos, el recuerdo de sus obras, la vida de la fama, que diría nuestro mejor poeta del siglo XV.

La trayectoria vital de don Quijote a través de la novela camina junto con la de los personajes más significativos —concretamente Dulcinea— hacia una humanización, proceso que podemos seguir paso a paso a través de los capítulos. Pero este proceso que va desde la sublime locura de la primera parte, en donde don Quijote lleva su exaltación hasta las estrellas, desemboca en la completa humanización de la **segunda**, seguramente —y en esto Cervantes está magistral— por la bondad, que es la cualidad más integral del hombre. Junto al héroe, Sancho camina en la primera parte por los andurriales de su mundo, con su pragmático sentido, con su parda gramática y especial filosofía; pero en la segunda parte el personaje se purifica y engrandece, y en ocasiones no sabemos si Sancho converge hacia el mundo de don Quijote, o éste se ha identificado con el escudero, circunstancia que permitió a Unamuno, en corriente paradójica, exponer su particular punto de vista. Pero precisamente en este equilibrio de posiciones es donde encontramos la clave misteriosa del arte de Cervantes. Cuando don Quijote piensa en Dulcinea como una dama ideal, solamente existente en su atormentada y calenturienta imaginación, lanza en una plácida y pastoril escena, en la que la gastronomía jugaba un papel recuperador de los estómagos vacíos —"después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago"—, el famoso discurso de la edad dorada, en el que las consignas van encaminadas a la igualdad de los hombres, a la crítica de la afición por el dinero, a la amistad, a la concordia; en una palabra, a la posible vuelta a un estado edénico, precisamente cuando estaban en moda las utopías. Es preciso matizar, que aún en estos momentos la calenturienta locura, don Quijote insiste en motivaciones humanas de todos los tiempos. Sin embargo, la eufórica descripción del discurso que comentamos —"Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó el orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los **menesterosos**"—, se completa, en esta evolución hacia la humanización del personaje, en otro capítulo de la segunda parte —LXVII— precisamente en animado coloquio con Sancho, a quien expone su resolución después de ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna:

"Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastora Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a tí te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiéramos en pastores, siquiera el tiempo de estar recogidos. Y compraré algunas ovejas, y

todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz. y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados. cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos. Dárannos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podamos hacernos famosos no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos".

El texto que antecede no tiene desperdicio, y corresponde a una concepción, no utópica, ciertamente. sino de vida normal de un hombre cansado de aventuras, y que hoy envidiarían los mas entusiastas de la naturaleza; pero observemos lo que ha de ser preocupación constante de don Quijote hasta su muerte, reflejado en la última parte de la cita: "conceptos con que podremos hacernos eternos y famosos no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos". Y es que don Quijote, quizá un poco sanchificado, y con su dimensión humana, piensa que la fama es por igual para él y para su escudero, el bueno de Sancho.

En este proceso de humanización, don Quijote, Dulcinea, y hasta apurando el mismo Sancho. pasan por fases que les llevan, en extraña paradoja en Sancho, desde la más sublime idealización, es decir, desde el Quijote de los molinos hasta el Quijote pastor, desde la Dulcinea idealizada a la moza que limpia el grano, o a la mujer que hay que desencantar para tornarse en vulgar manchega; pero en Sancho se da el fenómeno contrario, pues del rústico escudero, pragmático y materialista, pasamos a ver un Sancho gobernador de una ínsula, con mas locura que su caballero. Todo es un paso normal de la locura a la cordura, y viceversa en Sancho, y por lo tanto abriéndose los personajes hacia nuevas perspectivas para interpretar y valorar lo que les rodea en el espacio y en el tiempo. Cuando don Quijote es vencido junto a las azules aguas del Mediterráneo por el Caballero de la Blanca Luna, acepta las leyes del vencedor. Don Quijote ha renunciado a su vida para vivir esa otra que le llevará a la fama, pero no de los dioses, sino a la que justamente pueden aspirar los humanos.

Llegado a este punto, podríamos preguntarnos: ¿Cómo sería el hombre ideal para Cervantes? Entremos en el capítulo XVI de la segunda parte. Se trata del diálogo entre don Quijote y el Caballero del Verde Gabán, uno de los personajes más juiciosos de la novela:

"Yo. señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural del lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer, y con mis hijos, y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que de estos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, no consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin

hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor".

Las ideas del texto están tan claras que se puede prescindir de cualquier comentario. No obstante, es preciso resaltar lo siguiente: apología de la clase media, siempre sacrificada; exaltación de la vida familiar en sana convivencia; elogio de la amistad; ocupación sana del ocio; afición por la lectura y cultivo del espíritu; crítica de los libros de caballerías; relación con los amigos, con los que comparte el pan y la mesa; no a la murmuración y no escudriñar las vidas ajenas; cristiano y caritativo, finalmente. Si Cervantes, que había hecho desfilar por su novela todas las clases sociales españolas hidalgos, cortesanos, intelectuales, artesanos y menestrales, damas encopetadas, mujeres domésticas, prostitutas, pícaros y ganapanes. pastoras y pastores... —, se refiere en el texto que antecede al hombre medio ideal, y da la sensación de un retrato perfecto y un dechado de cualidades positivas, se da inmediatamente cuenta que el hombre lo es por sus virtudes, pero al mismo tiempo por sus defectos. necesariamente consustanciales a su naturaleza humana. Por eso, ante la ingenua afirmación de Sancho, que atentamente escuchaba las palabras del Caballero del Verde Gabán, éste responde:

"No soy santo respondió el hidalgo— sino gran pecador; vos sí, hermano. que debéis ser bueno, como vuestra simplicidad lo demuestra".

Y es que Cervantes ha vivido mucho. Desde sus años juveniles hacia Italia, con talante caballeresco como su personaje central, hasta los días aciagos de su vuelta después del cautiverio, ha aprendido mucho, no ya en los libros, sino en la vida; por eso tiene un conocimiento profundo del corazón de los hombres, de sus actos, de su esencia humana. De nuevo, y como siempre, Cervantes habla por boca de sus personajes, mostrando ideas. dejando entrever su espíritu, su conocimiento del hombre. Precisamente él, que siempre y en sus actos aparece como el honrado español y el hombre de buena voluntad.

Pero el comportamiento entre los hombres, la convivencia, y en definitiva lo que da un sentido humano a la vida es la educación, la formación, que han de empezar en el ambiente de la familia. En el diálogo con el del Verde Gabán, dice don Quijote:

"Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad, y en lo de forzarles que estudien ésta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para «pane lucrando», siendo tan venturoso el estudiante, que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo del parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado".

Resalto la permanente actualidad de las ideas educativas contenidas en el texto, y me planteo la cuestión de que cuando estamos agobiados y saturados de tantas teorías educativas

y programas partidistas, cuando se ponen en tela de juicio el trascendental problema de la vocación, cuando se discute la participación de los padres en el proceso educativo, cuando un sentido pragmático decide ante opciones importantes de la vida de nuestros hijos, ¿qué valor podemos dar hoy a estas ideas de Cervantes"? Cervantes insiste en más de una ocasión también en *El coloquio de los perros* —, en las cualidades del educador que ha de formar hombres sobre todo; es partidario de una educación integral, y procura conjugar o armonizar la educación intelectual con la educación ciudadana aprendida en la misma vida. Otra clara coincidencia con la autobiografía del autor, que luego encarnaría en el sentido complementario de sus dos amadas criaturas: don Quijote y Sancho.

Pero también don Quijote, ya camino de su cordura, nos va a dar la estampa del verdadero caballero andante; estampa que difiere bastante de las imágenes que de su boca salieron en la primera parte de la novela. Si nos fijamos en este pasaje del capítulo XVIII de la segunda parte, en el diálogo que sostiene con don Lorenzo, hijo de Diego de Miranda, la caballería para don Quijote es ya actividad más sensata, y que puede estar al alcance de cualquiera de los humanos:

Es una ciencia replicó don Quijote— que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo... médico, y principalmente herbolario... astrólogo... matemático... ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales... ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno... guardar la fe en Dios y en su dama... casto en los pensamientos, honesto en sus palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla".

¡Qué nobles ideas imperan en la cabeza de don Quijote, y qué cambiante realidad si comparamos sus palabras con aquellas que pronuncia en la venta cuando es armado caballero!

Interesante es el contenido del capítulo XLII de la segunda parte del *Quijote*, es decir, lo relativo a los consejos de don Quijote a Sancho, en donde partiendo de unos esquemas de derecho natural, se exponen en precisos paradigmas las aplicaciones prácticas y humanas de la justicia entre los hombres. Pienso que cualquiera puede hoy suscribir todos y cada uno de los preceptos que don Quijote infunde a Sancho para el mejor gobierno de la ínsula Barataria. Consejos que, unos se refieren a la administración del poder y de la justicia, y otros —capítulo XLIII— a la manera de comportarse el nuevo gobernador como persona humana en el ejercicio de su nueva tarea. Como muy bien afirma Cervantes, los consejos no son de un loco, sino de un hombre normal, corriente, ya que don Quijote sólo disparataba en lo tocante al mundo de la caballería.

En los consejos, don Quijote se expresa dentro de una dimensión humana, que frente a su locura, ha caracterizado su andar por el mundo, y advierte al bueno de Sancho de las dificultades y juegos del ejercicio del poder:

'Dispuesto, pues el corazón a creer lo que te he dicho, está ¡Oh hijo!, atento a este Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puesto de este mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones".

Analizados los contenidos, y estudiado el lenguaje de los consejos, nos damos cuenta que las lexis. o a veces sintagmas — sabiduría, conocimiento de sí mismo, no renegar del linaje, virtud, comprensión de los parientes, negación de la ley del encaje, pobres y ricos, compasión al juzgar, misericordia, pleito de los enemigos, justicia y mujer hermosa, castigo de obras y palabras, piedad y clemencia —, trascienden del campo de los conceptos de la mera concepción jurídico-moral, e invaden los controvertidos terrenos de las relaciones humanas, de la convivencia. pero son en definitiva unas normas prácticas del buen gobernar. Muy bien sabía, en estos momentos el cuerdo de don Quijote, a quién dirigía los consejos, y los problemas que podría tener el ingenuo de Sancho en la administración y ejercicio del poder en la nueva situación que se le presentaba. Los rasgos de humanidad son en definitiva los que cuentan a la hora de aconsejar don Quijote. Frente a la seriedad y rigor jurídico de los primeros, destacan el socaire. la gracia, la ironía humana de los segundos, descendiendo en detalles de comportamiento gastronomía, aseo personal—, es decir, actividades humanas del cotidiano vivir.

Para acabar este ensayo es preciso hacer un silencio. Igual que el "maravilloso silencio" que don Quijote observa en casa del hospitalario Caballero del Verde Gabán, en el capítulo XVIII de la segunda parte:

"Fuéronse a comer, y la comida fue tal como don Diego había dicho en el camino que la solía dar a sus convidados: limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejava un monasterio de cartujos".

Ese maravilloso silencio, que tan magistralmente glosó Azorín, es el necesario lenitivo que necesita don Quijote. hombre hacia dentro. que medita, que duda. que sufre, que crea dando riendas a su fantasía. Es el contraste necesario que consuela en lo humano al Quijote de las ventas ruidosas, de las pendencias, de la bondad de los bálsamos, de los encantamientos, de las heridas, de las realidades encontradas, de los interminables caminos de sus heroicas rutas. De este silencio nacen los arranques de generosidad, que en lo sucesivo tendrán una perspectiva más humana en don Quijote; por eso allí habla de poesía. diserta sobre la orden de caballería. de la dimensión humana del hombre, y de otras muchas cosas. Silencioque sólo al hombre cuerdo puede beneficiar y ser punto de partida de sus actos. Es el silencio a que Cervantes se obliga en el Prólogo de la segunda parte del *Quijote*, cuando dolorido por los ataques de que es objeto por parte del autor del falso Quijote decide no darse por ofendido, y perdonar, como siempre hizo, al ofensor u ofensores. Porque la dimensión humana del Manco de Lepanto no tiene límites, como tampoco la tiene la vida creada de su genial don Quijote. En definitiva es la bondad, como don genuino del hombre, lo que hay en estos dos personajes, criatura y creador. Por eso Cervantes redime a don Quijote antes de morir, no por la especulación hamletina. que es escéptica y estéril. sino por la bondad, que es la cualidad más integral del hombre.